

9 El abuelo Joe se arriesga

Al día siguiente, cuando Charlie volvió de la escuela, y entró a ver a sus abuelos se encontró con que sólo el abuelo Joe estaba despierto. Los otros tres roncaban ruidosamente.

—¡Sshhh! —susurró el abuelo Joe, e indicó a Charlie que se acercase. Charlie lo hizo de puntillas y se detuvo junto a la cama. El anciano le sonrió maliciosamente y luego empezó a buscar algo metiendo la mano debajo de la almohada; cuando su mano volvió a salir llevaba un antiguo monedero de cuero aferrado entre los dedos. Cubriéndose con las mantas, el anciano abrió el monedero y le dio la vuelta. De él cayó una moneda de plata de seis peniques. —Es mi botón secreto —susurró—. Los demás no saben que lo tengo. Y ahora tú y yo vamos a hacer un último intento para encontrar el billete restante. ¿Qué te parece, eh? Pero tendrás que ayudarme.

—¿Estás seguro de que quieres gastarte tu dinero en eso, abuelo? —murmuró Charlie.

—¡Claro que estoy seguro! —exclamó excitado el anciano—. ¡No te quedes ahí discutiendo! ¡Yo tengo ganas como tú de encontrar ese billete! Toma, coge el dinero, vete corriendo a la tienda más cercana, compra la primera chocolatina de Wonka que veas, tráela aquí y la abriremos juntos.

Charlie cogió la pequeña moneda de plata y salió rápidamente de la habitación. Al cabo de cinco minutos estaba de vuelta.

—¿Ya la tienes? —susurró el abuelo Joe, con los ojos brillantes.

Charlie hizo un gesto afirmativo con la cabeza y le enseñó la chocolatina. SORPRESA DE NUEZ WONKA, decía el envoltorio.

—¡Bien! —murmuró el anciano, incorporándose en la cama y frotándose las manos—. Y ahora ven aquí y siéntate a mi lado y la abriremos juntos. ¿Estás preparado?

—Sí —dijo Charlie—. Estoy preparado.

—De acuerdo. Abrela tú.

—No —dijo Charlie—. Tú la has pagado. Hazlo tú todo.

Los dedos del anciano temblaban terriblemente mientras intentaba abrir la chocolatina. —La verdad es que no tenemos ninguna esperanza —murmuró, riendo nerviosamente—. Sabes que no tenemos ninguna esperanza, ¿verdad?

—Sí —dijo Charlie—. Lo sé.

Los dos se miraron y empezaron a reír nerviosamente.

—Claro —dijo el abuelo Joe—, que siempre existe una pequeñísima posibilidad de que pueda ser ésta, ¿no estás de acuerdo?

—Sí —dijo Charlie—. Por supuesto. ¿Por qué no la abres, abuelo?

—Todo a su tiempo, mi querido muchacho, todo a su tiempo. ¿Cuál de los dos extremos crees tú que debería abrir primero?

—Aquél. El que está lejos de ti. Desprende un pedacito de papel, pero no lo bastante para que podamos ver nada aún.

—¿Así? dijo el anciano.

—Sí. Y ahora un poquito más.

—Hazlo tú —dijo el abuelo Joe—. Yo estoy demasiado nervioso.

—No, abuelo. Debes hacerlo tú mismo.

—Está bien. Allá vamos —y rasgó el envoltorio.

Los dos miraron lo que había debajo. Era una chocolatina, nada más.

A la vez, los dos vieron el lado cómico de la situación y estallaron en sonoras carcajadas.

—¿Qué diablos ocurre? —exclamó la abuela Josephine, despertándose de repente.

—Nada —dijo el abuelo Joe—. Vuelve a dormirte.



10 La familia empieza a pasar hambre

Las dos semanas siguientes hizo mucho frío. Primero llegó la nieve. Empezó a nevar de repente una mañana cuando Charlie se estaba vistiendo para ir a la escuela. De pie junto a la ventana vio los enormes copos descendiendo lentamente de un helado cielo color de acero.

Al llegar la noche había cuatro pies de nieve alrededor de la casita, y el señor Bucket tuvo que cavar un camino desde la puerta hasta la carretera.

Después de la nieve vino una helada ventisca que sopló sin cesar días enteros. ¡Qué frío hacía! Todo lo que Charlie tocaba parecía estar hecho de hielo, y cada vez que se aventuraba fuera de la puerta el viento era como un cuchillo sobre sus mejillas.

Dentro de la casa pequeñas corrientes de aire helado entraban a raudales por los resquicios de las ventanas y por debajo de las puertas, y no había sitio adonde ir para evitarlas. Los cuatro ancianos yacían silenciosos y acurrucados en su cama, intentando ahuyentar el frío de sus huesos. El entusiasmo provocado por los Billetes Dorados había sido olvidado hacía mucho tiempo. Nadie en la familia pensaba en otra cosa que no fuera los vitales problemas de mantener el calor y conseguir lo suficiente para comer. No sé que ocurre en los días fríos que da un enorme apetito. La mayoría de nosotros nos sorprendemos deseando espesos guisos calientes y tibios trozos de pastel de manzana y toda clase de deliciosos platos calientes, y teniendo en cuenta que somos mucho más afortunados de lo que pensamos, a menudo obtenemos lo que deseamos, o casi. Pero Charlie Bucket nunca obtenía lo que deseaba porque la familia no podía permitírselo, y a medida que el frío persistía, empezó a sentir un hambre devoradora. Las dos chocolatinas, la que había recibido para su cumpleaños y la que había comprado el abuelo Joe, hacía mucho tiempo que se habían terminado, y todo lo que comía ahora eran esas escasas raciones de repollo

tres veces al día.

Y de pronto esas raciones se volvieron aun más escasas.

La causa de esto fue que la fábrica de pasta dentífrica donde trabajaba el señor Bucket quebró inesperadamente y tuvo que cerrar. En seguida el señor Bucket intentó conseguir otro empleo. Pero no tuvo suerte. Finalmente, la única manera de conseguir reunir unos pocos centavos fue la de barrer la nieve de las calles. Pero esto no era suficiente para comprar ni siquiera la cuarta parte de la comida que necesitaban aquellas siete personas. La situación se hizo desesperada. El desayuno consistía ahora en una rebanada de pan para cada uno, y el almuerzo, con suerte, en media patata cocida.

Lenta, pero inexorablemente, los habitantes de la casita empezaron a morir de hambre.

Y todos los días el pequeño Charlie Bucket, abriéndose paso entre la nieve camino de la escuela, debía pasar delante de la gigantesca fábrica de chocolate del señor Willy Wonka. Y cada día, a medida que se acercaba a ella, elevando su pequeña nariz respingona, olfateaba el maravilloso aroma del chocolate derretido. A veces se quedaba inmóvil junto a los portones durante varios minutos, aspirando profundas bocanadas de aire, como si estuviese intentando comerse el olor mismo.



—Ese niño —dijo el abuelo Joe, sacando la cabeza fuera de las mantas una helada mañana—,ese niño tiene que tener más comida. Nosotros no importamos. Somos demasiado viejos para preocuparnos de nada. ¡Pero un niño en edad de crecer! ¡No puede seguir así! ¡Ya casi parece un esqueleto!

—¿Qué podemos hacer? —murmuró tristemente la abuela Josephine—. Se niega a aceptar nuestras raciones. Su madre intentó poner en el plato de Charlie su propia rebanada de pan esta mañana durante el desayuno, pero él no quiso tocarla. Se la devolvió inmediatamente.

—Es un muchacho estupendo —dijo el abuelo George—. Merece algo mejor que esto. El crudo invierno seguía y seguía.

Y cada día Charlie Bucket adelgazaba más y más. Su cara se volvió aterradoramente pálida y demacrada. La piel estaba tan estirada sobre sus mejillas que se adivinaban los huesos debajo de ella. Parecía poco probable que pudiese seguir así mucho más tiempo sin enfermar seriamente.

Y ahora, tranquilamente, con esa curiosa sabiduría que tan a menudo parecen adquirir los niños en tiempos difíciles, empezó a hacer pequeños cambios aquí y allá en todo lo que hacía para conservar sus energías. Por la mañana salía de su casa diez minutos más temprano para poder caminar lentamente hacia la escuela sin tener que correr nunca. Se quedaba tranquilamente sentado en la sala de clase durante los recreos, descansando, mientras los demás corrían fuera y lanzaban bolas de nieve y se revolcaban en ella. Todo lo que hacía ahora, lo hacía lenta y cuidadosamente para evitar el agotamiento.

Una tarde, mientras volvía a su casa con el helado viento dándole en la cara (y sintiéndose, incidentalmente, más hambriento de lo que se había sentido nunca), sus ojos se vieron atraídos por el brillo de un objeto plateado que había sobre la nieve junto a una alcantarilla. Charlie bajó de la acera y se inclinó para examinarlo. Parte del objeto estaba enterrado en la nieve, pero el niño vio inmediatamente lo que era.

¡Era una moneda de cincuenta peniques!

Rápidamente miró a su alrededor.

¿La acabaría de perder alguien?

No, eso era imposible, puesto que parte de la moneda estaba enterrada.

Varias personas pasaban a su lado apresuradamente, las barbillas hundidas en los cuellos de sus abrigos, sus pasos crujendo sobre la nieve. Ninguno de ellos parecía estar buscando dinero; ninguno de ellos prestaba la más mínima atención al niño agachado junto a la alcantarilla.

Entonces, ¿esta moneda cincuenta peniques era suya?

¿Podía quedarse con ella?

Cuidadosamente, Charlie la extrajo de la nieve. Estaba húmeda y sucia, pero en perfectas condiciones.

¡Una moneda de cincuenta peniques para él solo!

La sostuvo fuertemente entre sus dedos temblorosos, mirándola. En aquel momento esa moneda sólo significaba una cosa para él. Significaba COMIDA.

Automáticamente, Charlie se volvió y empezó a buscar la tienda más cercana. Sólo quedaba a diez pasos..., era una tienda de periódicos y revistas, la clase de tienda que vende también golosinas y cigarrillos..., y lo que haría, se dijo rápidamente... sería comprarse una sabrosísima chokolatina y comérsela toda, mordisco a mordisco, allí mismo y en ese momento..., y el resto del dinero lo llevaría a su casa y se lo entregaría a su madre.

11 El milagro

Charlie entró en la tienda y depositó la húmeda moneda de cincuenta peniques sobre el mostrador.

—Una Delicia de Chocolate y Caramelo Batido de Wonka —dijo, recordando cuánto le había gustado la que recibiera por su cumpleaños.

El hombre que estaba detrás del mostrador parecía robusto y bien alimentado. Tenía gruesos labios y redondas mejillas y un cuello muy gordo. La grasa de su papada rebosaba el cuello de su camisa como un anillo de goma. Se volvió y alargó el brazo para coger la chokolatina, luego se volvió otra vez y se la entregó a Charlie. Charlie se la arrebató de las manos y rápidamente desgarró el envoltorio y le dio un enorme mordisco. Luego le dio otro... y otro... y, ¡qué alegría de poder llevarse a la boca grandes trozos de algo dulce y sólido! ¡Qué maravilloso placer poder llenarse la boca de exquisita y sustanciosa comida!



—Me parece a mí que necesitabas eso, hijo —dijo amablemente el tendero.

Charlie afirmó con la cabeza, la boca llena de chocolate.

—Calma —dijo—. Puede venirte un dolor de estómago si te lo tragas así, sin masticar.

Charlie siguió devorando la chocolatina. No podía detenerse. Y en menos de medio minuto la golosina entera había desaparecido. Charlie estaba sin aliento, pero se sentía maravillosa, extraordinariamente feliz. Alargó una mano para coger el cambio. Entonces hizo una pausa. Sus ojos estaban justamente a ras del mostrador. Miraban fijamente las monedas de plata. Las monedas eran todas de cinco peniques. Había nueve en total. Ciertamente no importaría que se gastase una más...

—Creo —elijo en voz baja—, creo que... me comeré otra chocolatina. De la misma clase que la anterior, por favor.

—¿Por qué no? —dijo el tendero, alargando el brazo y cogiendo otra Delicia de Chocolate y Caramelo Batido del estante. La colocó sobre el mostrador.

Charlie la recogió y rasgó el envoltorio... Y de pronto... debajo del papel... vio un brillante destello de oro.

El corazón de Charlie se detuvo.

—¡Es un Billete Dorado! —gritó el tendero, saltando medio metro en el aire—. ¡Tienes un Billete Dorado! ¡Has encontrado el último Billete Dorado! Eh, ¿qué te parece? ¡Vengan todos a ver esto! ¡El chico ha encontrado el último Billete Dorado de Wonka! ¡Ahí está! ¡Lo tiene en la mano!

Parecía que al tendero le iba a dar un ataque. —¡Y en mi tienda, además! —gritó—. ¡Lo encontró aquí mismo, en mi propia tienda! ¡Que alguien llame a los periódicos, de prisa y se lo haga saber! ¡Ten cuidado, hijo! ¡No lo rompas al desenvolverlo! ¡Eso es un tesoro!

En pocos segundos, había un grupo de unas veinte personas apiñadas alrededor de Charlie, y muchas más se abrían camino a empujones para entrar en la tienda. Todo el mundo quería ver el Billete Dorado y a su afortunado descubridor.

—¿Dónde está? —gritó alguien—. ¡Levántalo, así todos podremos verlo!

—¡Allí está, allí! —gritó otro—. ¡Lo tiene en la mano! ¡Mirad cómo brilla el oro!

—Me gustaría saber cómo se las arregló para encontrarlo —gritó un niño, furioso—. ¡Yo llevo semanas

enteras comprando veinte chokolatinas al día!

—¡Piensa en todas las golosinas que podrá comer gratis! —dijo otro niño, envidiosamente—. ¡Durante toda la vida!

—¡Ese pobre flacucho lo necesitará! —dijo una niña, riendo.

Charlie no se había movido. Ni siquiera había extraído el Billete Dorado que envolvía a la chokolatina. Estaba inmóvil, sosteniéndola apretadamente con ambas manos mientras la multitud gritaba y se apretujaba a su alrededor. Se sentía mareado, invadido por una extraña sensación de ligereza, igual que si estuviera flotando en el aire como un globo. Sus pies no parecían tocar el suelo. Podía oír los fuertes latidos de su corazón en algún sitio cerca de su garganta.

En ese momento, se percató de que una mano se había posado livianamente sobre su hombro, y cuando levantó la vista, vio que había un hombre junto a él. —Escucha —susurró éste—. Te lo compraré. Te daré cincuenta libras por él. ¿Eh? ¿Qué te parece? Y también te daré una nueva bicicleta. ¿De acuerdo?

—¿Está loco? —gritó una mujer que estaba cerca de ellos—. ¡Vaya, yo le daría doscientas libras por ese billete! ¿Quieres vender ese billete por doscientas libras, jovencito?

—¡Ya es suficiente! —gritó el gordo tendero, abriéndose paso entre la multitud y cogiendo a Charlie firmemente por un brazo—. Dejen en paz al muchacho, ¿quieren? ¡Abran paso! ¡Déjenle salir! —Y a Charlie, mientras le conducía a la puerta, le susurró—: ¡No dejes que nadie se lo quede! ¡Llévatelo a casa, de prisa, antes de que lo pierdas! Corre todo el camino y no te detengas hasta llegar allí, ¿has entendido? Charlie asintió.

—¿Sabes una cosa? —dijo el tendero, haciendo una pausa y sonriendo a Charlie—. Tengo la sensación de que necesitabas un golpe de suerte como éste. Me alegro mucho de que lo hayas conseguido. Buena suerte, hijo.

—Gracias —dijo Charlie, y salió a la calle, echando a correr sobre la nieve lo más de prisa que sus piernas se lo permitían. Y cuando pasó frente a la fábrica del señor Willy Wonka, se volvió y agitó la mano y cantó—: ¡Ya nos veremos! ¡Nos veremos muy pronto! —Y cinco minutos más tarde llegaba a su casa.